

Juan

Francisco

Moretti

Caer
a
o
o
o

 ELEMENTO
DISRUPTIVO

Juan Francisco Moretti

Caer
a
golpes

 ELEMENTO
DISRUPTIVO

Juan Francisco Moretti

Caer a golpes

1a ed. Elemento Disruptivo Editora, 2018.

60 pp.; 12x16 cm.

Colección Zona Temporalmente Autónoma.

Contacto con el autor: juanfmoretti@gmail.com

Edición: Clara Inés

Diseño y maquetación: Agos Fanucchi

Prensa y comunicación: María Gómez Peracca


Elemento Disruptivo Editora

elementodisruptivoeditora@gmail.com


*La editorial agradece a Fernando Bogado
por habernos acercado este libro.*



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Me temo
que cuando sea grande
quiero ser gente.




Día como cualquiera
una mirada vidriada
posada en la medianera de un baldío
alza la topografía de un caserón demolido

■ un cuadrante de azulejos, rutas de chimeneas,
la arteria de algún tirante, zig-zags de escaleras ■
del espacio brotan losas y estructuras
■ un palacio ■ un hotel ■ un manicomio ■ una cárcel ■
baraja de espectros simultáneos que laten en
el plano vertical de una medianera

■
■
recordar no es vivir y el amor
no es montaje cinemático ni
un evangelio unívoco no,
hoy es volver en tren ver un sol
rojo y un baldío en que
insiste el eco de tu “ya fue”
(que insiste en todo) y
una nena en el vagón que
le sonrío a los caramelos que

iban a ser para nosotros dos que
alejados
miramos
con ojos palaciegos
eso,
lo que ya fue,
o una medianera.
Se va un rato en recrear el entramado que latió
en este suelo erial
este aire hueco.



Se fue fumando

“si llamamos Tierra a un planeta de mares
¿por qué no llamaríamos Amor a esto?”

Después llegaron los de afuera.

La resistencia fue fútil.

Mi especie sucumbió con sonrisas desganadas.

Entonces de las ruinas rescataron

y miraron

fotos cuadros libros

todas las películas


y en todas vieron lo mismo:

gente filmando películas.

Preferible hubiera sido ser lente y encuadrar
cada perla de piedad, cada belleza
cada paso inesperado de pasión
en esta lúgubre comedia de canallas

Pinturas, libros y cintas
forman hoy El vertedero
la única, hermosa isla
que asoma en la superficie
del océano global.

Cuando el sol asesta
la cima fulgura
como si conservara las viejas llamas:
dicen que es algo realmente digno de ver.



De puño y letra son estos hombres
de mayúscula inicial molde de imprenta
también soñamos ¿digo nosotros?
digo Nosotros
los que rompemos sin querer
y arreglamos a patadas soñamos
cada noche
con el arma iluminada.

Despertamos preparados
para armarnos
y hacer las paces
con lo que haya a mano.

Dos ruedas triunfantes parten briznas
del pasto que aguantó batalla y noche fría.
Un déspota que ahora es carne atada
y en carrera furiosa se deshilacha
se hizo generoso con el suelo.

Los caballos no necesitan entenderlo.
Los hombres no necesitan entenderlo.
El pasto lo entiende al quebrarse:
vencer nunca es suficiente.



Paciente

Merodeé tu escondite
merodeo tu escondite
merodearé tu escondite
aunque salgan tus hermanas
y me den lo que merezco


hasta que salgas vos
veas la cara que me dejaste
y al ver tu cara verme
distinguir
entre tu cercanía y mi final
o corroborarlo en la brevedad de un punto.

Esta noche me preocupa
haber intentado tomarte por la fuerza
–que me falló a tiempo–
haber revuelto perdón y gracias
entre montadas


¿debería haber callado pestes,
arrastrado en la mortaja antiséptica
mis encías sangrientas con grumos de cal?

¿debería preocuparme?

Nadie me enceguació
chupándoseme las mejillas chillo
nadie abandonó en mis brazos dulces la piel hipócrita
extranjera
qué nombre artero reviento a gritos
tembladeral la tierra nadie va a escucharme
no estoy loco estoy ciego
helándoseme la sangre mía
porque fue fuego
chupándoseme las burlas nadie huye
nada por allá y soy volar de rocas
nunca antes mi voz había sido arrullo
nadie correspondió a mi canto suave
nada por allá y rompo aguas
nunca dirá que esta voz lo amó en susurros
nadie va a apagar mi dolor.
No estoy loco estoy ciego
No estoy loco y amé
volándoseme el grito en canto
no llevo.



Los padres de nuestros padres murieron en el naufragio,
nuestros padres esquivaron todo puerto,
y nosotros inventamos paraguas
para esperar a secas.



Como ese náufrago
que perdió la red
solo tiene espuma
para empujar la sed
y posa la mirada en un perfecto atardecer

desmaravillado

Como ese hombre-faro
que cuida su mar dulzón
atrapa el beso fatal
de una sirena imposible
y embolsa el milagro personal con otros mil

sonrío.

Llanero

¡Si ustedes lo hubieran visto!
En ese horizonte chato
su figura se elevaba,
tan alta, ancha y enorme,
que oscurecía tres pueblos
desperezándose al sol.

Y pesaba entre rebaños y manadas.
¡Dirimir! ¡dirigir!
matar solo lo necesario.


¡Magnífica su pisada!
al roce de sus botazas
temblaba aquel suelo virgen
ahora apaisado, engranado
con injurias y perdones.

Se descalzaba en el río
y con su puñal famoso
raspaba el cuero curtido.
En el barro que caía
los teros hacían nido.

Y mediaba entre hombres, campo y monte.
¡Dirimir! ¡dividir!
matar solo lo necesario.

Y medía desde altura irrefutable.
Y sabía trenzar sogas y alambre.
Y silbaba melodías de sosiego.
Y sus plantas explotaban de placer.

¡Si lo hubieran visto!
Esas manos de gigante
eran brisas delicadas
cuando aseguraba
aparejos, recados,
estribos, cabestros,
cinchas y bozales.
Imaginen qué poder
tuvo su voz, ahora eco,
ahora eco y aún
arreando.
¡Si lo hubieran podido ver!



Luxaciones menudas
yemas hormigueantes
labios quebradizos
moretones coloridos
raspones cortes
contracturas

**Ay, qué placer inmenso
qué gozadera
doler por heridas concretas
llorar por dolores del cuerpo.**

Pandora

Cómo y quién me llamaba
qué era antes de este instante
de apretar el vacío urgente las manos perfumadas
¿aún cantan las aves, ladran los perros?
¿no es el mundo, lo que acaba de infartarse?

acaso el fuego nos guíe


la luz que desterraba pesadillas, ahora
las ilumina
acaso el fuego
todo lo contrario

inventaremos palabras nuevas
desmesura, abulia, desesperanza
palabras para el temblor de las manos perfumadas
ay, mis manos
ya se ajan, se chamuscan

inventaré un verbo para explicar que no soy bella
inventarán otro para dejar de amarme
cantan aves, aúllan perros
solo de dolor humano es este silencio
allá afuera se encuentran y no saben
cómo llamar
el mareo fantasmal
el dolor sublime
-¿no fue siempre así?-


las manos, por no temblar
se crisparán
brota el vacío
una ausencia donde no había

dioses, dioses, dioses
qué vergüenza.



No seas así,
estábamos bien,
mano en mano, girando
sobre un eje común.
No seas así,
si soltás tu peso
yo también me caigo

pum.




Supé que ella, con cierta frecuencia, era poseída
por un niño pálido muerto de frío,
o por un descomunal perro albino,
o por una puerta blanca entreabierta,
o por su propia incandescencia.

Supé que él, con mayor frecuencia,
pedía la asistencia de demonios esquimales
para que en sus ojos distinguieran las blancuras
y le indicaran qué abrazar, qué esquivar, qué franquear
y qué avivar.


Lo vendió todo.
Firmó pagarés.
Loteó su carne.

Una tarde, los demonios
llegaron todos juntos a cobrarse.

No había luz en el barrio y los vecinos
-cada cual con su radio-
solo queríamos escuchar en paz
cómo perdía San Lorenzo.



Cuando me permito jugar
Dios está
por contraste




Cuando llegó la Invasión
lo inútil era hermoso
la tierra crocante
las niñas pedregosas distraían al viento con placer
las niñas parpadeaban una melodía que
los lobos
en el bosque
cantábamos dormidos, y lo inútil era hermoso.

Cuando la tierra saltó, se hizo tablero,
florecieron columnas, pisos y cielos rasos,
cuando llegó la Invasión
todos pensábamos que no había nada que invadir.


Ahora soy, feliz,
en la amplia casa con patio que casi siempre quise,
en el sólido seno familiar que casi siempre deseé,
canto a la luz, sonrío a la ventana.
Lo inútil es inútil.

Contentos
los lobos
en el bosque
estamos



Su novio peregrina tres veces por año
avista pájaros
con un grupo de hombres mayores
de risas generosas
viajan juntos y se separan, él
guarda la cámara, saca el grabador
y sigue una senda de invitaciones melodiosas
anda un trecho, graba el canto, y así
un día completo
con toda su noche
las aves siendo solo
trino gorjeo pío
él siendo solo
oído
la noche incrementada
bordea sinfonías irrepetibles
y él equilibrista ardiente
es lo que oye
sobre el cielo.


Ella se durmió
me levanto a fumar
mi ventana da a una pared
y escucho autos
autos, autos,
autos.



Casi sin querer
como quien cree pasear pero llega a un lugar
mi hocico se hunde en mi clavícula y ladra
cuánto hace que no usaba este abrigo.
Una nota dulce detrás
del olor a armario y alcanfor
tensa una cuerda dulce detrás,
y un silencio se mide así:
entre dos sonidos.

Leí o me contaron
sobre redes subcutáneas
esporádicas insurrecciones mnemónicas
olfato conspirador, cómplice cortex y así y
leí o me contaron muchas cosas
pero pocas ladran
con tal reverberancia.

Un silencio se mide así:
como sin querer.




Elegí mis colores
para complementar los tuyos.
Me preparé para encajar.
Te leía tantas veces, atento
como a una adivinanza.

Estrujé la semiosis, pero no había nada.

Nada para mí

quiero decir.




Hoy
que las ganas de hacer
son tan inferiores
a las de haber hecho

hagamos eso
y recostémonos
juntos
a observar
cómo se pudren

todas

las frutas


en sus ramas.



Qué rejas admirables
qué pasto raso
qué fresnos prudentes
parra pulcra
paraíso erguido

tu papá no me saluda
manguerea su auto
¡qué auto brillante!

en su jardín
las flores se ocultan bien
para no ser arrancadas
con el resto de la mugre.



Dos días después, el olfato despierta conmigo
ropa usada pelo sucio estufa de hierro saliva musgo

el rumor de un coche solitario huele a pan rallado
el chasquido del charco del pasillo vinagre o limón
un ladrido distante plástico quemado
el silbido de la brisa huele a fuego aunque traiga ozono y pasto
y me duelan las costillas de respirar hielo.

No puedo recordar tu olor
que una vez fue mi sustento.

Tantos días después tanto frío
hambre ruidosa grises tirantes
mío es este bostezo, aceitoso, frutado y dulzón
con una nota de nafta.

(esa noche quise vivir para siempre como un perro en carnaval,
extasiado en el caos incomprensible, seguro del anonimato)

(esa noche quise engullirte y no supe explicar,
quise llenar las tripas con tu voz y calor y pellejo blando)

Tu ausencia empezó robándome eso.

Ofertas

Avellanas, con cáscara.

Fernet de litro.

No saludé al almacenero al salir.

Me olvidé de comprar el pan.

Se huelen días espesos.

Se viene lo lento.

Lento.

Tironea la comisura del ojo.

No tengo cascanueces para las avellanas.

Hay algo que ya no pasa
algo extraño

algo imagino.

No tengo coca.

Pulso inútil un encendedor gastado.

No queda soda.


El tiempo oc urr e

so l o

y

l e j o s.

Podría usar una pinza.



Cerca de la mesa donde tomo café
se detuvo a extraviarse un hombre, con una mano
pensaba y señalaba los números de la calle
la otra mano iba metida
en el bolsillo de la chaqueta pero no
esa manga iba muy floja tan dócil al viento
el tubo de cuero rojo tan fundido al del bolsillo
que lo supe al instante:

- un hombre con un solo brazo cosió una manga a un bolsillo
como quien cose para afuera
- un hombre solo vio a otro para asimilarlo en versos requebrados
como quien escribe para afuera

Ronda

El músculo pide cansancio.

La suela rumia baldosas.

El cerebro no la alcanza.

Corro entre nubes.

De niebla. De humo.

El vigilante y el transa me miran rondar
con un odio especial que no distingo

- Pichones pican bolsas

- Borracho mea

- Pibas ríen y se empujan

- Vieja espera

- Nene juega solo

- Borracho grita algo

- Pibas lo insultan

- Hombre vende café

- Portero baldea vereda


- Hombres forman filas

- El nene ya no está

- Vieja espera

El sol llena la plaza
de gente especial
que no distingo

y yo
que no necesito nada
y por eso disfruto todo
y yo
que necesito
no necesitar nada
para disfrutar de algo
y yo
que necesito de todo
no tengo aliento para seguir girando.



Guarda, nene, con sentarte en la puerta de ese viejo
que te grita desde adentro cuando estás tranquilo afuera
y se roba las pelotas que saltan la medianera
y putea y tira agua a los pibes de la esquina
cuando bailan
cuando juegan
cuando chiflan a las minas.

Se sabe que el viejo tiene una nueve siempre encima,
de cuando era milico, o capataz, o algo así.

Vive solo pero nadie se le anima,
y le grita desde adentro a los pibes de la esquina
como si no fueran chicos o no estuvieran jugando,
ahí no hay guiño paternal del gordito policía
ni sonrisa lateral de kioskera que les fía:
el viejo espía.

Y te habrá visto hacer llorar al lerdo de la otra cuadra,
o tirar rompeportones a gatos recién nacidos,
o manosearle el culo a la hermanita del vecino,
o romper los libros nuevos del pibe rubio que no habla,
o vaciarle la ginebra al novio de tu mamá
para que se peleen o algo así,

para que se jodan.

En fin.

Alejate de esa esquina y de ese postigo atento,
hay un viejo que te mide la inocencia


desde adentro.

Para llegar

Mi Amor, cómo ha cambiado el barrio.
Jodido y apeliado, a esta hora
la sospecha enturbia pocas luces.
Cada rincón palpita, tose, llora,
pero cuando hay risas de naufragio
se aguzan los oídos ratontiles
y calculan los pasitos
los parásitos.
Los guardianes, muchos y más
se endurecen sobre sus repartijas.

Si venís a pie, no te detengas
en caras ni ausencias ni roturas nuevas.
Ocupate con tus problemas y tus cosas.
Seguí a las vidrieras, a los tumultos.
Para que el frío no entre ni salga,
secá bien esa esponja entre pecho y espalda.
Evitá, sobre todo, la poesía.

Por favor, Amor, cerrate bien
que en una noche así
en el barrio que más quiero
te puede pesar cualquier cosa.




¿Te acordás de esa vez?
alunados por la música
enredamos las cegueras
chocar libar y soltar bailamos
como supuraciones de un pedazo de tierra malherida
y la madrugada nos tapó con una venda de nubes negras.

Ojalá
las tristezas fueran nubes negras.

Ojalá no fueran
estas inmovibles
lucideces.

I

(viniste al mundo
para oler las rosas
no para pensar en
cosas)



Hoy voy a barrerlo todo
pelos, uñas, escamas de piel caídas
amasarlo con vino, música y cafeína
darle mi nombre, mis credenciales
y mandarlo
a trabajar
a buscarte a la salida
caminar charlar del día reír besar
acordarse de comprar yerba para desayunar mañana
que guarde la yerba
te traiga a la cama
me tape los ojos mientras cogen
y que me deje dormir
arrulladísimo por el rumor de
lo que roe las paredes
cada vez menos tensas escombrándose
lo que roe los libros
amarilleando reptando crujiendo
haciéndolos papel
haciéndolos cosa
lo que roe el insomnio

inflamando enfriando
interrogando niños mudos
fijando lo oscuro
haciendo a las cosas cosas
lo que roe
abajo de mi lengua, dormida
pudriendo saliva, callada
haciendo
a las cosas

cosas.

Lo importante y lo que permanece:

termitas
royendo una columna

me gustan los dulces la crema
me gusta bañarme después de enchastrarme
me gusta el vino me gusta la carne

pulverizada,

amo lo común
las risitas fáciles entre amigos

estas termitas

la tropilla enfiestada
sus alegrías explosivas

que son efecto
del no-saber

si amontonados brillamos
si gozamos de compartir

lo poco que queda
solo

me pregunto

¿por qué

no estamos

c

a

y

e

n

d

o

todos juntos?

“Doler por heridas concretas”, o la épica existencialista de Juan Francisco Moretti

por Fernando Bogado

Si el relámpago no me ha matado,
el trueno, entonces,
no me asusta para nada.

MAIAKOVSKI, Vladimir (2015).

“Similar a Heine” en: *Poesía lírica*.

Tr. Irina Bogdashevski. Buenos Aires:

Blatt & Ríos. p. 47

La poesía argentina contemporánea no puede pensarse más allá de un puñado de versos de Joaquín Gianuzzi, que sintetizan las obsesiones de una época, de dos, mejor, y también de dos geografías diferentes: la misma América, pero una al norte, y otra más abajo, hacia

principios y hacia finales del siglo XX. “*La poesía no nace. / Está allí [...]*”, comienzo de “Poética”, que cierra con el verso todavía más atrevido, “*Poesía es lo que se está viendo*”. Después, vendrían Casas, Durand, inclusive García Helder, y los objetivistas del '90. Vendrían a confirmar, sino a rescatar, a Gianuzzi, a hacerlo contemporáneo. Y, después de ellos, los poetas de nuestro presente, vía los renegados de los '90 (Luy, Vigna, Hernán), que transformaron al objetivismo en la única estética posible para la poesía argentina. La única estética que parece posible, mejor. Porque, como sabemos, si hay un tipo de discurso que parece que puede ser etiquetado fácilmente, pero que nunca puede ser generalizado, ese, justamente, es el de la poesía. ¿Es lo mismo Durand que Casas? ¿O que García Helder? ¿Hernán, Osvaldo y Vicente escriben de la misma manera? ¿Y Moretti? Juan Francisco no, claro. No escribe para nada parecido a toda esta abusiva cantidad de nombres propios, que parecen querer resumir un conjunto de intereses en apenas un apellido. Y es que lo primero que notamos como diferencia radical entre la estética objetivista que prima desde finales de los '80 en adelante y los poemas de *Caer a golpes* es, precisamente, que los últimos poco

tienen que ver con lo que “*se está viendo*”. Porque lo que “*se está viendo*” poco tiene que ver con la claridad. Es, ante todo, el síntoma de otra cosa: lo que se ve es la cicatriz de aquello que realmente ocupa a lo poético, casi cayendo del lado de cierto modo existencialista de pensar la poesía, que ya estaba anunciado en el primer post-objetivista poco reconocido, Martín Gambarotta (y *Punctum*, poemario que debería llamarse el primer corte radical con respecto a lo que se nombra, malamente, incluso en este texto, “los ´90”).

Se ve pero no se ve. Esa es la tensión al interior de cada poema de Moretti. Hay algo que parece evidente, pero enseguida se complica por su rasgo táctil, palpable, como si la rugosidad de las cosas enturbiara la posible relación prístina del mero mirar. La “*mirada vidriada*” es un imposible, o mejor, es el grado cero desde el cual se parte para notar y confirmar lo desprolijo de lo circundante. Por eso, cuando los versos de Moretti se liberan de cierto intento de restricción, tienden a la lista: es una forma de poder anotar lo que hay en el mundo, registrarlo, pero como instancia de lo negativo, de lo que no corresponde. Esto debería ser de una

manera, pero todas estas cosas impiden que eso que se vio primero alcance la luz de lo prístino, de la prolijidad. *Caer a golpes* es sólo otra forma de hablar de “la caída”, temática no solo existencial, sino también profundamente religiosa. Católica, para ser más exactos. Por eso, en Moretti, la sangre emana por cada uno de los poemas al modo de la entrega en el cadalso. A no confundirse: es una entrega del autor, pero también del yo poético, pero también de aquel mundo que trata de observarse y que devuelve la peor de las mejillas. Un catolicismo en retirada, también podemos decir, porque el yo poético no da la impresión de querer seguir con el aburrido mandato de ofrecer el otro cachete para que ese también sea víctima del golpe.

La violencia tematizada en algunos poemas es también violencia de los versos. Se pelean, en sus restringidos límites, primero, con la supuesta claridad de la sintaxis del mundo de la prosa. De la sintaxis limpia, pulcra, que el “mandato” objetivista dicta. Lo cotidiano está, pero complejizado, o con complejos, que parece ser lo mismo. Y el grado mínimo de esa distancia, lo segundo de nuestro análisis, es la colocación del adjetivo. La

“*lúgubre comedia de canallas*” que es el mundo y su representación (en ese poema, al menos, ¿el cine? ¿El arte de la mirada?). Pero también las “*Dos ruedas triunfantes [...]*”. Esos dos adjetivos, “*lúgubre*” y “*triunfante*”, funcionan como los extremos de una búsqueda que, en los propios textos de Moretti, sólo pueden ser pensadas como la aturdida épica de un hombre derrotado. (Casi siento que estoy adjetivando como él, o como Borges, que supo también poner el adjetivo *sajonamente* adelante, en la clásica posición de epíteto, como si no sumaran nada. Cuando, en realidad, suman todo).

¿Épica, entonces? ¿Moretti, bardo de la derrota de lo contemporáneo? ¿Del sucumbir de lo subjetivo ante la rudeza “*lúgubre*” de las cosas? Sí, pero esa definición parece demasiado general. Lo que hay en la obra de Moretti, que también tiene su variante en la prosa –porque una obra es un todo fragmentario que debe leerse en ese esfuerzo de desprolija dialéctica, pasando de lo menor a lo mayor, y así–; lo que tiene su obra, bien digo, es esta insistencia en la lastimadura, en la cicatriz, como si todo ya hubiese nacido lastimado. Como si todo cargara con la herida más íntima que, inclusive dada a la vista, re-

sulta sospechosa. Porque nunca es la herida en sí, si no, caeríamos en un mero descriptivismo que suele ser la bandera del peor neobarroco. No. Lo que hay en Moretti es la herida, pero también el intento por atravesarla. La necesidad, siempre desesperante en sus poemas, de darle un sentido. Ya en *Desvío* (Milena Caserola, 2014), su primera novela, leemos:

Me horadaba la carne en diferentes lugares y con diferentes herramientas y sabía, como sólo se sabe en un sueño, que en alguna de esas excavaciones iba a tocar la superficie de algo que estaba creciendo adentro mío y que mi forma humana se esforzaba en contener. (69)

La escena puede presentar la hipótesis de lo onírico, pero también es un intento de establecer el marco de visibilidad en el que el narrador se va a mover. Todo está ahí, a golpe de ojo, nunca mejor dicho, pero también su daño, y su distancia, y la posibilidad de que, hundiendo la mirada en ese corte, aparezca la superficie de lo que realmente importa. Que es poco. Pero importa, y molesta, más a un estilo que, neuróticamente, busca el fondo. Quizás, porque quiere tocarlo.

Épica de la derrota, mirada perturbada por el tacto, imperfección que no puede dejarse de lado... Todo eso es lo que usted, arriesgado lector, encontrará en este poemario de Moretti. El injustamente primero, siendo él ya respetado y reconocido por sus textos, que han circulado en presentaciones, se han escuchado en espacios de poesía oral, y hasta se han citado, sin tener un texto fuente al que remitirse. Parece paradójico que, justamente, un poeta preocupado por otro tipo de percepciones, haya allanado el terreno en el marco de la voz y el sonido. Justamente, porque esta poesía parece sorda. Sorda de golpes, pero quizás habría que tomar esto metafóricamente. El relámpago de lo sensible busca aturdir al poeta, al héroe épico que en él se esconde –con prudencia–, pero que, como Vladimir, anuncia que a nada le teme, habiendo sobrevivido al “*lúgubre*” influjo de la representación. El hecho, el trueno, ¿qué arma blandirá para detener a una poesía que parece el canto consciente del desastre? Esos versos que son, en definitiva, lo último que se silba cuando, indiferente, la lírica va a la guerra sin cuartel contra lo real. Sabiendo, por dentro, claro, que va a perder.

Índice

- Me temo** / página 5
- Día como cualquiera** / página 6
- Se fue fumando** / página 8
- De puño y letra son estos hombres** / página 10
- Paciente** / página 12
- Nadie me enceneguicó** / página 14
- Los padres de nuestros padres** / página 15
- Como ese náufrago** / página 16
- Llanero** / página 17
- Luxaciones menudas** / página 19
- Pandora** / página 20
- No seas así** / página 22
- Supe que ella** / página 23
- Cuando me permito jugar** / página 25
- Cuando llegó la Invasión** / página 26
- Su novio peregrina** / página 28
- Casi sin querer** / página 30
- Elegí mis colores** / página 31
- Hoy** / página 32

- Qué rejas admirables** / página 33
- Dos días después** / página 34
- Ofertas** / página 36
- Cerca de la mesa donde tomo café** / página 38
- Ronda** / página 39
- Guarda, nene** / página 41
- Para llegar** / página 43
- ¿Te acordás de esa vez?** / página 44
- Hoy voy a barrerlo todo** / página 46
- Lo importante y lo que permanece** / página 48
-
- Epílogo** / página 51

Los padres de nuestros padres murieron en el naufragio,
nuestros padres esquivaron todo puerto,
y nosotros inventamos paraguas
para esperar a secas.